



al Mercurio, Valparaíso, 5.XII.1976 p.c. 66140

Evocación de Enrique Bunster



La crónica histórica, en que Enrique Bunster fue un verdadero maestro, es un género con prosapia y jerarquía y, además, difícil de abordar. La historia nos narra los grandes acontecimientos, de hecho, el enorme mapa de las épocas, de los países, de los mundos. En el fondo de ellos surgen los hombres ejemplares, los seres egregios, que determinan y fijan la dirección de los acontecimientos. La crónica, en cambio, narra minuciosa e íntimamente la parte interna, familiar, de los fastos generales y en cierto modo monumentales, de que ya se ha ocupado el historiador. Por consiguiente, también nos hace entrar en la interioridad de los acontecimientos y, sobre todo, de quienes en ellos actuaron, sea protagónica, sea secundaria o incidentalmente.

El que recorre las numerosas y animadas páginas de Bunster, encuentra en ellas las tres grandes virtudes literarias que hacen una obra accesible al agrado y a la simpatía del lector. En primer lugar, la animación, el don de imprimir a lo que evoca y escribe ese soplo vital sin el que apenas son inventarios, erudición, alineamiento de hechos fatigosos y fatigados. En seguida, la información, el acopio inteligente de datos, de antecedentes sobre los cuales levantar la construcción evocadora, el edificio recordatorio. Sin ellos, estaríamos ante la mera novelación, henchida, acaso, de fantasía pero privada de exactitud y de referencia real a acontecimientos que también en su respectivo momento fueron realidad. La tercera virtud es la intuición, ese poder penetrante de calar en vidas, personajes o hechos, y de adivinar, por afinidad psicológica, cómo se dieron, de qué manera engarzaron a sus protagonistas y repercutieron en algún instante de la vida nacional.

Gracias a este don triple del cronista, los personajes se vuelven personas, los acontecimientos se incorporan a nuestra existencia actual y cotidiana y parecen estar moviéndose, habiéndose, deslizando imperceptiblemente en nuestro plano y línea existir. De allí el tono y el acento de contemporaneidad que nos llega, como un aroma, desde las páginas que vamos leyendo.

Enrique Bunster poseía esas cualidades y en grado sobresaliente. Porque era, silenciosa, calladamente, un novelista y un narrador de indiscutibles condiciones. Quien lee los cuentos de "Para reír y rabiar", los felices relatos de "Aroma de la Polinesia" y ese inolvidable "Un ángel para Chile", advierte de inmediato que en Bunster hay un penetrante observador, un fabulador rico en imaginación y un constructor del relato o la novela con un sentido arquitectónico sutil y armonioso. A esos títulos podríamos añadir muchos más, desde su inicial "La primera noche galante", hasta "Mar del Sur", "La orona Tahiti", sus medallones históricos y los últimos, entre los que merece especial

ción y la negación, de la evasiva duda que apunta al hecho pero al mismo tiempo lo coloca encuadrado en el paréntesis de la sospecha y de la sonrisa.

Cabría, pues, distinguir en su obra aquella parte que es evocación, reviviscencia histórica, y la que ya entra en las fronteras de la creación literaria.

En la primera, tuvo la virtud de aproximar la historia al lector cotidiano pero exigente, que pide calidad. Sus medallones, como al comienzo los llamaba, constituyen retratos bien tratados de personalidades sobresalientes en el decurso de la vida de Chile. Están allí, en páginas sutiles, amenas y certeras, las evocaciones de muchos de los primeros empresarios económicos chilenos. Se les ve de cerca, afrontando dificultades, llevando una vida sobria, esforzada, a veces casi espartana. Pero también se percibe que poseían un vivo sentido de la realidad, una confianza ilimitada en sus propias energías y la austera convicción de que ni un país ni una fortuna se forjan a base de indolencia, sensualidad o menguado oportunismo. Se desprende de esas páginas una vigorosa lección de carácter, de poder organizador, de fe en el futuro del país y de resolución de no ceder ante los obstáculos y las dificultades. Pero también se percibe toda una atmósfera moral y política, Chile hacia posible el despliegue de esos esfuerzos y los coronaba de afortunados resultados, porque era también una nación bien cimentada, poseedora de un orden institucional de que la mayoría de las de América carecían. Sin hacerlo sentir, pero permitiendo que se le respire, llega hasta nosotros toda una situación colectiva, un aire que envuelve y rodea a los que se mueven dentro de su atmósfera. Así se explica, mejor dicho, se siente y se palpa, lo que fuera la nación de esos decenios.

Como buen descendiente de ingleses, tenía una inclinación marcada por lo exótico y por lo humorístico. De allí su afán de viajes, que está recogido en "Mares del Sur", en "Corresponsal en la Antártida", en sus dramáticas o sonrientes páginas, a veces destiladas hacia la sátira, de sus libros sobre la Polinesia. No podemos olvidar ese "Hombre del caballo verde", tan finamente evocado, y en el que la dolorosa imagen de Gauguin nos persigue con su afán exigente, premioso, de la obra perfecta. Como tampoco pueden abandonar la memoria "La bahía de los traidores", dramático relato, o ese ligeramente burlesco cuadro de "El pastor y el pagano", con una pugna proselitista de pastores extranjeros por extender sus rebaños espirituales.

Edwards Bell, al que podría asemejarse Bunster, fue el cronista de la vida cotidiana, el impresionista que acumulaba manchas y armaba con ellas cuadros soleados, vitales. Bunster fue el escritor imaginativo, con sus toques de fantasía, en su anhelo de amor a lo

Evocación de Enrique Bunster [artículo] Fernando Durán V.

Libros y documentos

AUTORÍA

Durán V., Fernando, 1908-1982

FECHA DE PUBLICACIÓN

1976

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Evocación de Enrique Bunster [artículo] Fernando Durán V. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile